

Viernes 9 de noviembre del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



Fronteras distantes II

Las fronteras de México son contrastantes. Hacia el Norte la vecindad es con el país de la riqueza por antonomasia; hacia el Sur, la colindancia es con la miseria y el atraso. Me parece que las posibilidades de integración están en función de la similitud en las condiciones de desarrollo de los países. Pero quizás sea más probable cuando son condiciones de similitud en las proporciones de la riqueza y no de la pobreza. Los países miembros de la Unión Europea, lo son en función de los niveles de bienestar de su población. Para aceptar el ingreso de nuevos miembros exigen que los índices de desarrollo muestren signos positivos. Si se encuentran en el umbral y requieren de recursos para el crecimiento, la Unión les otorga fondos compensatorios. La portería se puso en el Sur, concretamente en España, país que deberá evitar el cruce de la población indocumentada. En nuestro caso, como países firmantes del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Tlcan), no nos fueron inyectados ningún tipo de fondos que compensaran las abismales diferencias con respecto a Estados Unidos y Canadá. El ex presidente Carlos Salinas de Gortari los rechazó bajo el argumento de que México era ya un país de primer mundo y que lo que quería era competir y no andar recibiendo ningún tipo de recursos. Esa absurda posición ha sido muy costosa y ha significado ahondar las diferencias en los niveles de desarrollo con respecto a los otros dos países.

En los últimos días he tenido la oportunidad de viajar a la frontera de Estados Unidos con Canadá y hacia el Sur, a Guatemala. En estos periplos he podido palpar las diferencias y similitudes de nuestro país con respecto a nuestros vecinos. Para atravesar la frontera entre Canadá y Estados Unidos, primero de Sur a Norte, el paso era realmente fluido. Nada que ver con lo que padecemos en nuestra línea. Sin embargo, de regreso a Estados Unidos por la frontera de Blaine, en el estado de Washington, la tardanza de hora y media me hizo pensar en las garitas del Sur. Sin embargo, allá no había vendedores de artesanías ni limpiadores de vidrios o niños pidiendo limosna. Además, no existe barda alguna que se interponga, sólo las mojoneras que separan formalmente a ambos países. Me sorprendió que el agente del Servicio de Inmigración hablara perfecto español. Pero quizás la falta de contrastes a los que estamos acostumbrados, fue lo que llamó poderosamente mi atención. En la región del Oeste, llamada también Cascade, las diferencias son mínimas. La visión de una tierra fértil, abundante en árboles y beneficiada por la abundancia de agua, impacta al visitante. Las condiciones de integración son tan evidentes, como la distancia que separa a México de los dos países del Norte.

Viajando hacia el Sur, compruebo que llegar a la ciudad de Guatemala es como trasladarse a cualquier ciudad del Centro y Sur de nuestro país. Todavía más, al visitar la ciudad de Antigua y observar las costumbres y estilo de vida de sus moradores, quedo convencido de nuestras semejanzas. El día 1 de noviembre, visité la ciudad de Cichicastenango, en el departamento del Quiché, y me sorprendí con los ritos celebratorios del Día de Muertos. El paso de las cofradías hacia la catedral, donde los hombres cargan a los santos, me hace trasladarme directamente al estado de Chiapas. No parece haber diferencias entre nuestra entidad y la ciudad guatemalteca poblada en su mayor parte (90%) por indígenas. Todavía más, las danzas afuera del templo, donde de nuevo los hombres bailan acompañados con música de marimba, son como las que se celebran en el Sur de México. De paso al Lago de Atitlán, el primer comercio que nos recibe se llama Tienda Tijuana. Es muy probable que se trate de migrantes que lograron regresar y establecieron el pequeño negocio -changarro, en la terminología oficial-. La principal fuente de divisas de Guatemala son las remesas que sus migrantes envían desde el Norte. No me queda duda de que Chiapas y el Soconusco guatemalteco son una misma región. Y que la integración es una realidad.

Menos claro resulta el fenómeno de nuestra frontera Norte. Las voces de una probable militarización y la sustitución del Servicio de Inmigración y Naturalización por el Ejército, ya se dejan escuchar. Esas voces nos recuerdan las distancias y las diferencias con nuestros vecinos. La única integración que parecen reconocer nuestros vecinos es aquella que signifique ganancias. Seguimos siendo un país del Sur, y los estadounidenses nos exigirán tarde que temprano que sellemos nuestra frontera con Guatemala; país con el que tenemos mayores semejanzas que con nuestros ricos y angustiados vecinos del Norte.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.

Nota del editor

El presente artículo debió haber sido publicado el jueves 8 de noviembre, pero un error lo impidió. Ofrecemos disculpas a su autor y a nuestros lectores.